Celebración del Día de los Padres

Autor: Manolo Campa

Se acercaba el Día de los Padres y ya mi esposa y mis hijos estaban preparando la "magna" celebración. Tenía que apresurarme para evitar la repetición de errores del pasado. No me gusta reunirme ese día con toda mi familia en un restaurante por varias razones. Mencionaré, en párrafo aparte, algunas de ellas.

Los lugares se abarrotan, por eso los camareros están abrumados y la atención no es la mejor. Siempre me sitúan con los viejos, ignorando que a mi me gusta sentarme con los nietos para que me hablen en inglés y yo contestarles en español… para enterarme de sus triunfos o fracasos escolares, deportivos o sentimentales. Junto a mis parlanchinas primas viejas y al marido sordo de una de ellas, que cuando el tema es la política habla de fútbol, no puedo compartir… La cháchara de ellas siempre versa sobre las novelas del momento, sus dolencias y sus médicos, amistades ingresadas en hospitales o en cementerios. Para no deslucir a mi esposa que se arregla bien cuando salimos a "comer fuera", tengo que vestir una guayabera almidonada que me hace cosquillas y zapatos de salir que me aprietan.

Desde que me jubilé me propuse vivir jubilosamente. Sin prestar atención a las horas y los minutos con los que nos tiraniza el reloj. Sin cumplir obligaciones extenuantes... durante la semana, de lunes a viernes no hago nada… el sábado y el domingo descanso. Ignorando las normas del buen vestir. Sin usar corbatas, y trajes solamente para bodas. Sin acomplejarme, a diario visto la ropa más cómoda de mi ropero, que es la más raída, holgada, confortable. Los zapatos siguen la misma disciplina: viejos, cómodamente deformados por el uso, sin cordones o sin anudar… los anudo solamente para ir presentable al banco, el médico, la botica o el supermercado, mis salidas habituales.

El primer día de las vacaciones escolares me reuní con algunos de mis nietos. Les manifesté mis deseos de celebrar el Día de los Padres en un parque con toda la familia. Los comisioné para organizar mi "surprise party". Ahí mismo, la menor de mis nietas, me interrumpió y dijo que no podía ser. Que si yo sabía de la fiesta, no podía ser entonces un "surprise". Traté de convencerla pero no quedó convencida… y fue a ver a la abuela, mi esposa, buscando una segunda opinión. Regresó después de la consulta y me preguntó si yo sabía lo que era una "sorpresa". Sí, le contesté sin titubear: una monja en la cárcel.

Y en efecto, nos reunimos el tercer domingo de junio, en un parque cercano, con los hijos, nietos, yernos, nuera y futura nuera. Yo era el de mayor edad. Las primas y el pariente sordo no asistieron. Para ellos era sofocante el calor y no les gusta la comida de los "picnics".

Uno de mis yernos llevó su bicicleta nueva, último tipo, de titanio, de muy poco peso, más costosa que un carrito de segunda mano. Me atreví a probarla. La monté sin problemas. Pero noté que para otros soy más viejo y frágil de lo que realmente soy. Cuando empecé a pedalear todos dejaron de hacer lo que

estaban haciendo esperando que me fuera de cabeza y me pusiese la superbicicleta de sombrero.

Sobresaltada, mi esposa buscó en su cartera mi tarjeta del "medicare" y la estampa con la oración al Hermano Victorino De La Salle para que intercediera por mi equilibrio. Mi cuñada tenía su rosario en una mano y con la otra mano se tapaba la boca conteniendo un grito de terror. Las hijas tenían miradas de temor, angustia. Los hijos y los yernos, como la guardia de honor en los velorios de muertos de categoría, se colocaron a los lados del camino para no dejarme caer o levantarme si me caía.

Solamente los más pequeños, sin sobresalto, montaron junto a mí. Al poco rato, cuando acabó de rezar por mi integridad física, mi mujer comisionó a nuestro hijo mayor para que me convenciera a regresar a la seguridad de la silla que había dejado para irme a "bicicletear" con los nietos.

Cuando quise volver a montar aquella bicicleta de altos quilates porque me sentía entusiasmado con su ligereza y fácil manejo, me miraban como se mira al loco que amenaza tirarse de una azotea o a Evil Knievel, aquel arrebatado que se hizo millonario saltando obstáculos peligrosos en motocicleta.

Sin haberme caído, "el emisario" y mis otros hijos, me trataban como si me hubiese hecho trizas. Me recomendaron pastillas y ungüento para los dolores musculares… duchas tibias o calientes para reponerme de los probables malestares… que nunca tuve.

EN SERIO:

Los psicólogos modernos denuncian los males de una educación demasiado autoritaria que no logra educar la libertad del niño… pero también afirman que difícilmente llega el joven a la madurez si cuando niño no lo acostumbraron a obedecer y someter sus caprichos a la disciplina.

Los padres no debemos faltar a nuestras responsabilidades de educar, con el pretexto de que al ser exigentes con nuestros hijos, perderemos su cariño. Creemos lo contrario, que los niños que crecen con disciplina, cuando son adultos quieren más a sus padres y aprecian lo que sus padres hicieron por ellos.

La Biblia nos enfatiza la responsabilidad de los padres de aleccionar a sus hijos. Nos dice el Libro del Eclesiástico sobre la disciplina de los niños: "El que ama a sus hijos, acostumbrará a reprenderlos. Más tarde ese hijo será su consuelo…" "Educa a tu hijo y fórmalo bien, para no tener que sufrir por su mala conducta."